

Vidal DE LA MADRID ÁLVAREZ, *El palacio de Velarde*, Oviedo, Museo de Bellas Artes de Asturias, 2012, 100 págs.

Complejo residencial habitado desde su construcción, en la década de 1770, hasta los años 1860 e infrautilizado hasta 1927, dado el absentismo de la familia propietaria; centro educativo vinculado a la congregación del Santo Ángel de la Guarda y sede del Museo de Bellas Artes de Asturias desde su adquisición en 1971 por la administración regional hasta la actualidad. Estos usos los protagoniza una de las promociones arquitectónicas privadas más destacadas y costosas del Oviedo ilustrado.

El profesor Vidal de la Madrid Álvarez pone de manifiesto la importancia del palacio de Velarde en esta monografía y aprovecha este canal de difusión para acercar al lector las novedades, en materia constructiva, que se estaban llevando a cabo en España desde el advenimiento de los Borbones, coincidente con Siglo de las Luces. Más aún, se acerca al particularismo asturiano y a los cambios que la monarquía carolina fomentó para introducir el academicismo en todo el reino con la finalidad de desplazar el gusto barroco, asociado al casticismo de la dinastía austriaca. En esta labor se impuso la necesidad de obtención del título de arquitecto por la academia de Bellas Artes de San Fernando para aquéllos maestros que quisieran trabajar para la administración pública y para la Iglesia. Este hecho posibilitó la formación de unas redes de relaciones que intercomunicaron el centro con la periferia y que hicieron frente a los grupos sociales más refractarios a los cambios potenciados desde la Corona en materia artística (sobre todo el estamento eclesiástico).

En este contexto surge en Asturias la figura de Manuel Reguera, ya tratada de forma extensa por de la Madrid Álvarez en su Tesis Doctoral y publicada bajo el título: *La arquitectura de la Ilustración en Asturias. Manuel Reguera (1731-1798)* (Oviedo, RIDEA, 1995). El candasín cobrará relevancia a su regreso de Madrid en 1764, tras una estancia de cuatro meses y haber obtenido el consabido título de arquitecto. Su posición se afianza no solo al ser nombrado académico de mérito, sino también por ser el elegido para materializar los principales proyectos de la Monarquía en el Principado a partir de los diseños de Ventura Rodríguez. Se forja así una tríada: Jovellanos – Ventura Rodríguez – Manuel Reguera, en la que se une la alta administración del Estado con el pie de obra en la región.

La proyección que alcanzaría Reguera, recién titulado y llegado a Oviedo, fue intuida en algún modo por un personaje relevante de la oligarquía urbana

de la ciudad asturiana, don Pedro Velarde, que lo eligió como proyectista de su nueva residencia, en el solar de uno de sus mayorazgos, el de la casa de Prada, sito en la calle de Santa Ana, desde mediados del siglo XVI, y próximo a la catedral. En todo caso, Vidal de la Madrid explica la importancia del edificio dieciochesco en relación al prestigio y preeminencia social de la familia del comitente como un elemento más de ascenso social, y qué mecanismos utilizó Reguera para ensalzar una residencia nobiliaria más en el entramado urbano intramuros.

La monografía no se adentra en estos interrogantes de forma independiente, sino que tiene en cuenta el hecho de que se trata de un edificio con una funcionalidad concreta: lugar de habitación de un miembro de la nobleza regional, para lo que estima oportuno hacer un breve estudio de la familia. Esta circunstancia influye en la elección del espacio dentro del viario y la necesidad de mostrar su posición en la sociedad adquiriendo terrenos colindantes para hacer un edificio que ocupe una parcela exenta, dotada además de un espacio ajardinado, lo que revela más aún un poder económico supuestamente desahogado al hacer uso de unos terrenos destinados al disfrute personal y a la ostentación frente al resto de los convecinos.

Pero el edificio proyectado por Reguera habla un segundo idioma, el estético. Recién llegado de Madrid el arquitecto intenta poner de manifiesto sus conocimientos o al menos la influencia que la Corte imprimió en él y su necesidad de transmitirla a la recoleta ciudad asturiana. No se trata, *a priori*, de un edificio que intente introducir el nuevo gusto academicista, pero se desmarca el lenguaje grandilocuente y expresivo del barroco con la contención de las formas y elementos decorativos. Destaca la cantería de la fachada principal y los vanos abalconados de formas curvilíneas, que influyeron más tarde no solo en la ciudad sino en otros lugares más rurales de la región; así como el uso de los frontones sobre los balcones del piso noble o la disposición regular de los que se abren en la fachada del jardín. Todo ello está enfatizado por el grandilocuente escudo de armas que aún los apellidos de los vínculos del promotor, pero también la firma del artífice de la obra. La escenografía para resaltar los elementos mencionados no solo es externa —fue necesario acuerdos con el consistorio con el fin de modificar trazados urbanos que permitieran destacar la fachada principal—, sino también en el interior con elementos propagandísticos como la escalera imperial, cuyo modelo de inspiración ha de verse en la del Palacio Real madrileño, así como huecos de iluminación en forma de óculo o la solana abierta en el piso superior.

De la Madrid, en último extremo, intenta poner de manifiesto la importancia de la última restauración del edificio de los Velarde, en la que se ha

intentado devolver el espíritu con el que Reguera lo levantó, muy modificado y alterado por los avatares del paso del tiempo, pero más por los diferentes usos que ha recibido.

JUAN DÍAZ ÁLVAREZ  
Universidad de Oviedo